

# Qué es el multiculturalismo (y qué no es)

Miguel Ángel Quintana Paz

Universidad Europea Miguel de Cervantes

A Mikel, que tanto me ha enseñado sobre cómo vivir decentemente en tiempos y lugares tan multiculturales como el rothiano Hotel Savoy

## 1. Introducción: De cómo un país llegó a ser más y más multicultural

Quizá a veces lo olvidemos, pero no es preciso remontarse demasiado en el tiempo para recordarlo: basta echar una ojeada a las estadísticas de 1998, esto es, de hace tan sólo diez años, para constatar que por aquel entonces el número de extranjeros residentes en España era de poco más de seis centenares de miles, apenas un 1,6% de la población total<sup>1</sup>. Nos ubicábamos así como uno de los países europeos con menor índice de inmigrantes, hasta el punto de que los avatares migratorios no solían presentarse en aquellos tiempos entre nosotros como un tema especialmente relevante para nuestras conversaciones, para nuestros medios de comunicación o para nuestros estudios académicos. Aunque hoy nos parezca difícilmente creíble, hubo un tiempo en que las cosas estuvieron así. Han cambiado vehementemente tan sólo dos lustros después.

El número de extranjeros censados (es decir, en situación regularizada; la cantidad de inmigrantes en situación ilegal es obviamente, por su propia naturaleza, difícil de estimar) ha superado en el año 2008 los 5,2 millones de habitantes, un 11,3% del total del padrón español, lo cual significa no sólo que en una década se ha multiplicado al

<sup>1</sup> La fuente de este y el resto de datos demográficos que barajaremos en el presente artículo, mientras no se indique lo contrario, es el Instituto Nacional de Estadística, INE (<http://www.ine.es>).



menos por siete el porcentaje de ciudadanos de otros países que habitan entre nosotros (según algunos, si incluyésemos el número de extranjeros en situación ilegal en tales cálculos, rebasaríamos con creces el factor ocho o incluso nueve en la multiplicación de foráneos con respecto a 1998), sino que, además, nuestra nación ha llegado así a ser el décimo país del mundo con mayor número de extranjeros en el interior de sus fronteras<sup>2</sup>, e incluso durante algunos años de principio de este siglo nos significamos en el conjunto del orbe terrestre como uno de sus Estados con mayor tasa de inmigración<sup>3</sup> (tasa que mide el número de individuos que ingresan en nuestro territorio cada año, por cada mil habitantes, con el propósito de permanecer aquí como residentes).

Año	Extranjeros censados	Porcentaje del censo total
1981	198.042	0,52%
1986	241.971	0,63%
1991	360.655	0,91%
1996	542.314	1,37%
1998	637.085	1,60%
2000	923.879	2,28%
2001	1.370.657	3,33%
2002	1.977.946	4,73%
2003	2.664.168	6,24%
2004	3.034.326	7,02%
2005	3.730.610	8,46%
2006	4.144.166	9,27%
2007	4.519.554	9,99%
2008	5.220.600	11,3%

Figura 1. Evolución del número de extranjeros censados en España entre 1981 y 2008, con indicación del porcentaje del total del padrón español que representan. (Fuente: INE.)

Es natural que una de las consecuencias previsibles de esta enorme transformación en la demografía española estriben en el hecho de que toda la temática

vinculada a la pluralidad cultural haya ido reforzando su presencia en nuestros periódicos, nuestros parlamentos, nuestras conversaciones cotidianas. Pues nuestra inmigración no sólo ha sido espectacularmente alta, sino también notablemente variopinta. Aproximadamente un tercio de nuestros nuevos vecinos son iberoamericanos, un quinto de ellos son europeos occidentales, un sexto provienen de la Europa del Este, la séptima parte del Norte de África, y luego uno de cada veinte es subsahariano y uno de cada treinta y siete ha llegado hasta aquí procedente del Extremo Oriente. En suma, en pocos años España ha dejado de ser esa sociedad “culturalmente homogénea”<sup>4</sup> que más o menos había venido siendo secularmente de forma tradicional, para pasar a ser un país que ya no puede hablar de la “multiculturalidad” como si de algo ajeno se tratase: la vive en sus escuelas, en sus barrios, en sus hospitales; y se ve obligada a reflexionar sobre la misma en sus universidades, sus centros de decisión política y sus medios de comunicación.

País	Población
Marruecos	539.773
Rumania	430.930
Ecuador	371.743
Colombia	299.479
Reino Unido	269.470
Argentina	231.630
Francia	203.309
Alemania	159.922
Bolivia	157.732
Perú	138.593
Venezuela	106.220
Bulgaria	99.919
Portugal	88.017

Figura 2. Inmigrantes residentes en España, según su país de origen y de acuerdo con la Encuesta Nacional de Inmigrantes de 2007. (Fuente: INE.)

<sup>2</sup> United Nations: *World Population Policies 2005*. United Nations Publications: Nueva York, 2006.

<sup>3</sup> Giampaolo Lanzieri y Veronica Corsini: “First demographic estimates for 2005”. *Statistics in Focus: Population and Social Conditions*, n. 1 (2006), Eurostat: Luxemburgo, 2006.

<sup>4</sup> Antonio Morales Moya: “Estado y nación en la España contemporánea”. *Ayer*, n. 37 (2000), p. 233-269 (aquí, 241). Naturalmente, podría citarse el caso de los gitanos, o ciertas aspiraciones nacionalistas de la periferia peninsular, como datos que deberían atemperar un tanto esta aseveración. Aun así, el hecho de que los gitanos nunca hayan superado el dos o tres por ciento del total de la población española –hoy no llegan ni al dos por ciento, con sus menos de 600.000 residentes en nuestro país, según la Unión Romani: [http://www.unionromani.org/pueblo\\_es.htm#distribucion](http://www.unionromani.org/pueblo_es.htm#distribucion)–, y el hecho de que nuestros nacionalismos periféricos no puedan contar entre sus “rasgos diferenciales” ni con una religión distinta –como sí ocurre con muchos de los inmigrantes recién llegados a nuestro país– ni con un desconocimiento masivo desde hace mucho tiempo, en sus respectivas regiones –véase Félix Ovejero: “Las líneas rojas del debate sobre la lengua”, *Claves de razón práctica*, n. 187 (2008), p. 68-75–, de la lengua española (carencia que, de nuevo, sí que es característica de gran parte de la población inmigrada), hace que resulte innegable el salto cualitativo que supone tal inmigración con miras a la noción de “pluralidad cultural”.

País	Población
Brasil	82.401
Cuba	82.083
República Dominicana	80.115
Uruguay	79.800
Ucrania	67.587
Italia	59.249
Suiza	56.247
China	53.887
Chile	53.047
Argelia	52.829
Otros países	762.541
Total	4.526.522

Figura 2. Inmigrantes residentes en España, según su país de origen y de acuerdo con la Encuesta Nacional de Inmigrantes de 2007. (Fuente: INE) (Cont.)

## 2. Tres modelos de gestión de la multiculturalidad (desconfiados ante ella)

En efecto, que un país (o una región, o una ciudad) posea un alto grado de multiculturalidad (es decir, contenga poblaciones con culturas<sup>5</sup>, costumbres, lenguas, creencias religiosas, gastronomía, comunidades, etnias, tradiciones... muy diferentes entre sí) es sólo el primer paso antes de que se vea forzado a plantearse la pregunta de cómo organizarse ante tanta variedad cultural. Y es así que ante semejante interrogante nos hemos visto pues abocados en España durante los últimos años. Las situaciones de multiculturalidad generan multitud de dudas, conflictos, oportunidades, ries-

gos, avatares que desconocen, o viven en un grado mucho menor, las sociedades que carecen de tal pluralidad cultural. Así, a modo de mero ejemplo, se han venido instalando entre nosotros hesitaciones como pudieran ser las siguientes: si una cultura desea dar una educación diferente a sus niños, ¿hemos de consentírselo?; si esa educación distinta incluye un trato disímil entre sus varones y sus mujeres, ¿debemos tolerar tal cosa?; ¿puede cada cual celebrar las fiestas religiosas que prefiera –con sus consecuentes vacaciones laborales anejas–, o hemos de adaptarnos todos a un calendario festivo común?; ¿de qué manera evitar que la tasa de delincuencia entre los inmigrantes (unas tres veces más alta que entre los españoles de origen<sup>6</sup>) genere xenofobia?... Con la loable finalidad de otorgar algún tipo de respuesta a tales circunstancias, los teóricos que se encargan de pensar estos asuntos en las diferentes universidades y centros de investigación del mundo han venido diseñando distintas teorías generales sobre cómo habérmolas con la multiculturalidad. Analizaremos en este artículo cinco de ellas; y veamos inicialmente, en este apartado, tres de esas cinco.

Para empezar con la primera, fijémonos en aquellos politólogos, sociólogos, filósofos, políticos y ciudadanos que están convencidos de que la mejor manera de resolver todo lo relacionado con la diversidad cultural, simplemente, será... acabar con tal diversidad. Se trata de autores adscritos a una u otra forma de *asimilacionismo*. Reputan éstos como irregular o *contra natura* el hecho de que en un mismo territorio convivan personas con culturas muy diferentes; tal vicisitud, según ellos, no puede ocasionar sino trances y apremios poco convenientes para la paz y el sano desarrollo de los habitantes del lugar. No importará, bien es cierto, que los empadronados en un mismo municipio sostengan opiniones políticas diversas<sup>7</sup>, o se diviertan adscribiéndose

<sup>5</sup> No deseo abordar aquí la peliaguda cuestión de qué es eso que llamamos “culturas”, si bien no es esta una noción que resulte tan clara como con frecuencia se presupone. Para lo resbaladiza que cabe que llegue a resultar tal noción de “cultura”, básteme de momento recomendar el pormenorizado estudio de Gustavo Bueno Martínez, *El mito de la cultura*. Prensa Ibérica: Barcelona, 1996; o, si se desea conformarse con un texto más breve, pero que igualmente desmonta el que denomina “mito de las esferas culturales”, puede verse del mismo autor “Etnocentrismo cultural, relativismo cultural y pluralismo cultural”. *El Catoblepas*, n. 2 (abril 2002), p. 3, <http://www.nodulo.org/ec/2002/n002p03.htm>. En cuanto a los anejos problemas de a qué llamamos “tradición”, no sólo es imprescindible el ya clásico estudio de Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger: *La invención de la tradición* (traducción de Omar Rodríguez). Crítica: Barcelona, 2002, sino que acaso también pueda resultar útil Miguel Ángel Quintana Paz: “La tradición como traición. Seis paradojas”, en Ángel Carril y Ángel B. Espina Barrio (eds.): *Tradición. Cien respuestas a una pregunta*. Diputación de Salamanca: Salamanca, 2001, p. 177-178. Por último, la muchas veces también afín noción de “comunidad” presenta parejas dificultades de definición que he tratado de evaluar en Miguel Ángel Quintana Paz: “Comunidad”, en Andrés Ortiz-Osés y Patxi Lanceros (eds.): *Claves de hermenéutica. Para la filosofía, la cultura y la sociedad*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2005, p. 71-82.

<sup>6</sup> La fuente de este dato es el Ministerio del Interior español; cabe ver un concienzudo análisis del mismo en Juan Avilés: “El impacto de la inmigración sobre la seguridad ciudadana”. *Análisis del Real Instituto Elcano*, n. 155 (2008), [http://realinstitutoelcano.org/wps/portal/riecano/Imprimir?WCM\\_GLOBAL\\_CONTEXT=/Elcano\\_es/Zonas\\_es/ARI155-2008](http://realinstitutoelcano.org/wps/portal/riecano/Imprimir?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/Elcano_es/Zonas_es/ARI155-2008)

<sup>7</sup> Aunque tampoco deberán ser “demasiado” diversas, como bien se encarga de puntualizar verbigracia un autor con claros tintes comunitario-nacionalistas (y por ello, a la postre, asimilacionista, como veremos) tal que Joan Carrera i Carrera, *Identidades para el siglo XXI*. Cristianisme i Justícia: Barcelona, 2007, p. 8.

como hinchas a equipos de fútbol rivales; incluso podrá consentirse en cierta medida que detalles menores (como la gastronomía o las danzas favoritas) sean distintos según cada cual (no vamos a obligar a todo el mundo a saber bailar sevillanas o a apasionarse por el *hip hop*). Pero una cosa son esas pequeñas diferencias pintorescas y otra muy lejana de ella es que comunidades culturales con fuertes discrepancias entre sí (discrepancias acerca de qué lengua hablar en público, o en torno a cuál religión debe organizar nuestras noches y días, o sobre cómo mirar hacia los acontecimientos de la historia) hayan de poder convivir en un mismo espacio y tiempo, según el asimilacionista. Necesario resultará para él, pues, despojar a los miembros de todas las comunidades (menos a los de una) que viven en tal paraje de sus rasgos culturales específicos, para conseguir que todos juntos lleguen a identificarse con una sola cultura: a *asimilarse*, en suma, con la cultura que se ha decretado como hegemónica, privilegio que frecuentemente recae en la mayoritaria del término concernido (aunque a veces también pueda serlo la cultura más antigua, o la que se ha decidido que se enaltezca como la “propia” del sitio, o simplemente la de los más poderosos en aquel andurrial). Es, verbigracia, en general propio de los nacionalismos (grandes o pequeños, “centralistas” o “periféricos”) adoptar la descrita estrategia asimilacionista, pues no en vano su pretensión característica como nacionalistas es la de que la “identidad nacional” sea la que acabe convirtiéndose en la cultura de todos los ciudadanos de su nación<sup>8</sup>.

Una segunda teoría acerca de cómo gestionar las situaciones multiculturales (es decir, las situaciones en

que muchas culturas se hallan juntas) es el *segregacionismo*. Según esta postura, lo que es preciso en una situación de pluralidad cultural será dictaminar qué cultura debe encumbrarse como superior a todas las otras, para que así le asigne a cada una de ellas su sitio y ejerza el mando de las cuestiones comunes que a todas afectan. Para un segregacionista, pues, a diferencia de un asimilacionista, los diferentes grupos culturales de un área geográfica determinada deben permanecer como distintos los unos a los otros, no deberán jamás unificarse bajo la égida de una cultura común (y el segregacionista dedicará notorios empeños a esta misión); pero, al igual que en el asimilacionismo, los segregacionistas piensan que hay una cultura que resulta superior a las demás a todos los efectos<sup>9</sup>, y que por lo tanto habrá de cobrar un predominio absoluto (especialmente, político) en esa sociedad. Son ejemplos famosos de experiencias segregacionistas las leyes de muchos estados sureños de los Estados Unidos hasta los años 60; la Alemania posterior a las Leyes de Núremberg de 1935; así como, durante buena parte del siglo XX, el fenómeno sudafricano del *apartheid*<sup>10</sup>.

Tanto el asimilacionismo como el segregacionismo ven en la pluralidad cultural una amenaza más o menos inquietante que uno y otro tratan de domeñar bien sea mediante el lecho de Procasto que va sajan-do todas las culturas más débiles hasta que sus miembros se identifiquen sólo con la cultura que se ansía dominante (tales son las ambiciones asimilacionistas), bien sea mediante el mando en plaza de una cultura sobre todas las demás a las que sí que se deja, aunque

<sup>8</sup> Véase de nuevo el ya citado artículo de Félix Ovejero para disfrutar de su detección de rasgos asimilacionistas rampantes en uno de los teóricos vivos más relevantes del nacionalismo, Will Kymlicka, de quien contamos en castellano con obras tan imprescindibles como *Ciudadanía multicultural* (trad. de Carmen Castells Auleda). Paidós: Barcelona, 1996; *Estados, naciones y culturas* (trad. de Juan Jesús Mora). Almuzara: Córdoba, 2004 y *La política vernácula* (trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar). Paidós: Barcelona, 2003. Por mi parte, he tratado de exponer una crítica a las tácticas asimilacionistas en Miguel Ángel Quintana Paz: “L’universalismo di alcuni filosofi morali contemporanei (e le curiose idee dei drusi sui cinesi)”. *Filosofia e questioni pubbliche*, vol. X, n. 2 (2005), p. 75-102; “Dos problemas del universalismo ético (y una solución)”, en Quintín Racionero y Pablo Perera: *Pensar la comunidad*. Dykinson: Madrid, 2002, p. 223-253. Finalmente, tal vez no sobre anunciar que nos encontraremos de nuevo con los nacionalistas denominados “periféricos” al exponer las tesis del multiculturalismo, el quinto modo de gestión de la multiculturalidad que abordaremos en este artículo: y el motivo de esta aparente paradoja (ya que asimilacionismo y multiculturalismo son asaz diferentes) es el de que tales nacionalismos suelen combinar una defensa de ese multiculturalismo “de puertas afuera” (en el Estado al que pertenecen, al que reclaman el típico esfuerzo de preservación multiculturalista de las diferencias culturales) con un asimilacionismo “de puertas adentro” (en su propio territorio tratan de imponer, como hemos descrito, una cultura única y común para todos los habitantes del país, la “cultura nacional”).

<sup>9</sup> Esto no significa, naturalmente, que todo aquel que crea que una cultura es mejor que otra en una determinada variable (verbigracia, en cuanto a su cumplimiento de los Derechos Humanos, o en cuanto a su gastronomía más saludable y sabrosa, o por lo que atañe a su tasa de mortandad) haya por eso mismo de considerarse un “segregacionista”. En realidad, el problema del segregacionista no es que evalúe en uno u otro sentido una cultura como superior a otra (que bien puede serlo en muchos respectos), sino el que, primero, la evalúe como tal en todos los sentidos a la vez, y que por ello pretenda, segundo, la separación radical entre las culturas así decretadas inferiores o superiores y, tercero, el dominio político de los miembros de la cultura “superior” sobre los integrantes del resto de culturas “inferiores”.

<sup>10</sup> Véase a este respecto André Brink: “Sobre cultura y apartheid”, en *Los hacedores de mapas. El escritor asediado*. FCE: México, 1984.

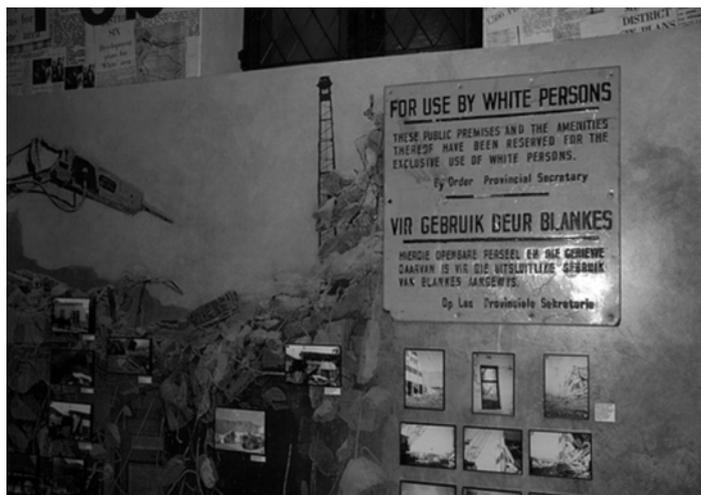


Figura 3. Cartel, procedente de la época del apartheid en Sudáfrica, en que se especifica que el uso de cierta zona se reserva a las personas de raza blanca. La separación entre razas, culturas, religiones, etc., es típica del modelo segregacionista de gestión de la multiculturalidad. (Foto: Killthebird-Creative Commons.)

en situación de inferioridad, seguir existiendo (tales son las ansias del segregacionista). Ahora bien, existe una tercera forma de gestionar la multiculturalidad que, aunque también cree que la pluralidad cultural resulta en cierta medida amenazante para el bien común de un país o región, no opina sin embargo que la solución esté en aupar a una de las culturas existentes a un lugar supremo desde el cual ora asimilar, ora dominar todas las demás. Nos referimos al denominado *integracionismo*, más conocido si cabe por la metáfora que de él acuñara Israel Zangwill<sup>11</sup> en la obra teatral homónima que estrenó hace ya un siglo en Nueva York, la metáfora del crisol o del *melting pot*. Según este enfoque, a la hora de pensar y organizar la multiculturalidad lo importante no es que alguna cultura prime sobre las demás de modo absoluto (a diferencia de lo que postulan asimilacionistas y segregacionistas), sino que todas ellas se vayan integrando progresivamente en una nueva cultura, hasta ahora inédita, que emerja de la mezcla o fusión de todas las demás (como el bronce surge de la fundición del cobre y del estaño en el crisol, sin que ello implique el “dominio” de uno de estos metales sobre el otro). La nueva cultura que mane de esa fragua habrá de contar, ella sí,

con la absoluta hegemonía en el territorio en que ha sido creada, e ir progresivamente sustituyendo a todas aquellas de las que procede; con lo cual cierta semejanza cabe vislumbrar entre esta postura y la de los asimilacionistas, tan preocupados también ellos en sustituir unas culturas por otra y solo otra. Ahora bien, a diferencia de lo que ocurre tanto con el asimilacionismo como con el segregacionismo, ningún miembro de una cultura menor habrá de sentirse, según el integracionista, menospreciado, pues, si bien se ha decretado sobre su cultura una extinción a plazos más o menos veloces, lo cierto es que, en primer lugar, eso mismo le ocurre a las culturas “mayores” o más poderosas; y, en segundo lugar, al fin y al cabo lo mejor de su cultura bien podrá sobrevivir en esa nueva cultura integrada, o *melting pot*, en que se ha acrisolado con lo mejor también de todas las otras culturas concurrentes, liberadas de sus rasgos menos compartibles y reforzadas en cuanto tengan de atractivo para los demás<sup>12</sup>.



Figura 4. Israel Zangwill (1864-1926), inventor y decidido defensor del concepto de *melting pot* para la gestión de la multiculturalidad. (Fuente: Wikipedia.)

### 3. Y otros dos modelos de gestión de la multiculturalidad (más amigables hacia ella)

Tal vez más de un lector haya venido estimando que los tres modelos (asimilacionista, segregacionista

<sup>11</sup> El propio Zangwill, judío, es famoso por el abandono que hizo, en obras como esta, de su nacionalismo sionista juvenil, con miras a abrazar una generosa (y radicalmente integracionista) esperanza en un mundo “donde todo el léxico de las diferencias raciales o religiosas se hubiese tirado por la borda” (Jonathan Sachs: *The Home We build Together*. Continuum Books: Londres, 2007, p. 16).

<sup>12</sup> Cabe leer una encendida defensa del integracionismo cultural (y de la experiencia en este sentido de los Estados Unidos de América, que tradicionalmente se han considerado como el país donde tal modelo ha adquirido cotas más señeras) en Arthur Schlesinger (Jr.): *The Disuniting of America. Reflections on a Multicultural Society*. W.W. Norton: Nueva York, 1998. También, entre nosotros, valora de modo muy positivo el planteamiento del *melting pot* un antropólogo con quien nos volveremos a encontrar más adelante, Mikel Azurmendi: *Todos somos nosotros. Etnicidad y multiculturalismo*. Taurus: Madrid, 2003.

e integracionista) en que nos hemos detenido hasta ahora, más que diversas formas de *gestionar* la multiculturalidad, lo que constituyen son tres maneras de *paliarla*. En efecto, no puede decirse que ni el asimilacionismo, ni el segregacionismo, ni el integracionismo (con todas las diferencias que los alejan a cada uno respecto a los otros) exhiban un amor demasiado encendido hacia el hecho de que en un país, una región, un municipio existan y persistan varias culturas recíprocamente muy diversas: los asimilacionistas y los integracionistas sueñan con erradicar tal diversidad, los segregacionistas la subsumen bajo el mando de una sola de ellas (con lo que la pluralidad, al cabo, queda desterrada al *totum revolutum* de la mera vida cotidiana, pero apartada de los altos círculos del poder, la educación, la ciencia, la prensa, las relaciones exteriores...). Ahora bien, cabe interrogarse entonces: ¿no existirá alguna posibilidad de organizarnos en una tierra con culturas distintas sin que esa organización implique difidencia alguna hacia tales diferencias?

Pues bien, lo cierto es que no sólo existe tal posibilidad, sino que en realidad se articula según dos propuestas, hartamente disímiles entre sí, que subyacen a buena parte de nuestros debates hodiernos sobre pluralidad, tolerancia, integración y demás temáticas multiculturales. Esas dos propuestas son la del pluralismo liberal y la del multiculturalismo. Observémoslas más de cerca.

Un primer planteamiento acerca de cómo gestionar la multiculturalidad, que a la vez la reputa como positiva y enriquecedora, reside en el denominado modelo liberal, pluralista o, como Giovanni Sartori<sup>13</sup> prefiere llamarlo, el modelo del *pluralismo liberal*. Según los pluralistas liberales, la diversidad cultural (así como la diversidad religiosa, política, estética, moral...) en una sociedad es buena, y el Estado (tan poderoso él) no debe hacer nada por reprimirla y ni siquiera por aminorarla (de hecho, esa es justamente la “gestión”, o carencia de la misma, que ese Estado debe realizar: la de abstenerse de intervenir a favor o en contra de cualquier preferencia cultural de sus ciudadanos, pues –a diferencia de lo que resulta especialmente visible en el caso del asimilacionismo y del segregacionismo– el pluralista liberal opina que es

muy recomendable liberarse de todo ese dominio que los gobernantes suelen estar tentados de ejercer a este respecto).

Las motivaciones que el liberal tiene para apostar así por una pluralidad cultural sin intromisión de los poderes estatales son múltiples<sup>14</sup>, pero podríamos resumirlas en tres. En primer lugar, los liberales no creen que, desde el poderosísimo Estado (y esta acotación subrayada es importante, pues es la que diferencia al liberal con respecto a un relativista), podamos elevar ninguna cultura, ninguna religión, ninguna forma de vida al estatus de la mejor cultura, la mejor religión o la mejor forma de vida. Naturalmente, cada individuo o conjunto de individuos sí que podrán muy bien juzgar cierta cultura o cierta religión o cierta forma de vida como la mejor para sí, para los que les rodean o (dependiendo de sus afanes “misioneros”) para toda la Humanidad; y bien podrán dedicarse a convencer a los demás de ello o, por el contrario, guardar sus preferencias en lo más hondo de su vida privada. (Esto es lo que distingue a un liberal de un relativista, o de un nihilista). Mas un liberal se caracteriza porque no pretende que el Estado, con su inmenso poder, sea el que imponga (como sí que hacen claramente los planteamientos asimilacionistas, por ejemplo) esa cultura uniforme a todos sus ciudadanos; deben ser los ciudadanos los que escojan la cultura o forma de vida o religión en que más a gusto se encuentran (posibilidad de elección, por cierto, que horroriza a los segregacionistas, que decretan por nacimiento en qué cultura debe pertenecer y permanecer cada uno)<sup>15</sup>. Suele citarse la *Letter concerning Toleration* escrita en 1690 por John Locke como el primer texto del pensamiento occidental que hace gala nítidamente de este argumento.

Ello nos conduce al segundo motivo por el que los pluralistas liberales se sienten cómodos ante una situación multicultural: piensan que, cuanto mayor sea la diversidad con la que un individuo se enfrente en cuanto a posibles modos de vida, creencias, ritos, costumbres entre los cuales elegir, mayor será su libertad. Por ello es bueno que una sociedad, como ocurre en las sociedades multiculturales, nos ofrezca un catálogo abundantemente surtido de ideas y acciones entre las cuales optar a la hora de decidir qué hacer con nuestras vidas. Fue seguramente el filósofo britá-

<sup>13</sup> Giovanni Sartori: *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros* (trad. de Miguel Ángel Ruiz de Azúa). Madrid: Taurus, 2001. Todo el texto de Sartori (que bebe desde fuentes típicamente liberales como John Stuart Mill hasta autores de raigambre más conservadora, como Edmund Burke) se dispone en torno a un debate polémico con el otro modo de gestionar la multiculturalidad que simpatiza con ella y en el cual profundizaremos en breve, el modelo multiculturalista.

<sup>14</sup> He tratado de ofrecer una explicación algo más pormenorizada de las argumentaciones que subyacen a estos motivos en Miguel Ángel Quintana Paz: “Sobre la tolerancia (hermenéutica y liberal)”, en Joaquín Esteban Ortega (ed.): *Hermenéutica analógica en España*. Universidad Europea Miguel de Cervantes: Valladolid, 2008, 123-146.

<sup>15</sup> En español podemos encontrarlo en John Locke: *Carta sobre la tolerancia* (ed. y trad. de Pedro Bravo Gala). Tecnos: Madrid, 1994.



Figura 5. John Locke, uno de los principales y primeros defensores de las tesis pluralistas liberales en torno a la diversidad. (Foto: Deemikay-Creative Commons, a partir de la estatua conservada en el Museo Kelvingrove de Glasgow.)

nico John Stuart Mill, en su celeberrimo *On Liberty* del año 1859, el primero que ofreció razones bien aceradas a favor de esta tesis<sup>16</sup>; y ello explica su que-  
rencia por las personas (o las culturas, podríamos añadir nosotros) extravagantes, con todo lo que las mismas incrementan la pluralidad en una sociedad.

Finalmente, además piensan los liberales que (y esta es la tercera razón por la que les resulta fascinante la multiculturalidad) si dejamos que todas las culturas, religiones, modos de vida, lenguas, cosmovisiones compitan entre sí para interesar a los individuos libres que entre ellas pueden elegir, iremos logrando poco a poco que aquellas formas culturales que resultan menos satisfactorias para el ser humano se vayan progresivamente extinguiendo (pues perderán a muchos de sus seguidores, que aprovecharán su libertad para huir de ellas, mientras que resultarán incapaces de atraer a otros nuevos o sólo lo harán en escasa medida), mientras que por el contrario los modos de vida más capaces de brindarnos felicidad a los humanos se fortalecerán con nuevos y nuevos adeptos (todos ellos gustosos de libremente escoger elementos culturales que les resultarán más gratos). Todo lo cual redundará a la postre en un incremento de la tasa de bienestar humano en general<sup>17</sup>.

Esta descripción que terminamos de hacer de los motivos que les impulsan a apoyar la multiculturalidad a los pluralistas liberales permite vislumbrar ya, a su vez, cuál es el modelo según el cual estos preten-



Figura 6. John Stuart Mill, otro de los más famosos defensores del pluralismo liberal. (Foto: netNicholls-Creative Commons, a partir de de la estatua de Thomas Woolner sita en los jardines londinenses de Westminster.)

den gestionar aquella. Según el pluralismo liberal, debe contemplarse como tremendamente positivo el que vivamos en una sociedad donde conviven variopintas expresiones culturales, pero ello no tendría sentido si a continuación impidiésemos o dificultásemos a la gente el escoger libremente entre esas culturas, lenguas, religiones, gastronomías, danzas, recuerdos históricos, festividades, comunidades, deportes... que precisamente configuran tal diversidad. La pluralidad es positiva, pero sólo porque constituye la condición necesaria de la libertad; ahora bien, si (como veremos en el resto de este artículo que persiguen frecuentemente los multiculturalistas) alguien pensara en restringir la libertad presuntamente en pro de la pluralidad, un buen liberal se rebelaría ante ello inmediatamente recalando por lo menos dos cosas. En primer lugar, que el único sentido de tal pluralidad es, como ya hemos apuntado, enriquecer el ejercicio de la libertad individual (valor este que es superior, por tanto, al otro, y que no puede por consiguiente sacrificarse ante él). Y, en segundo lugar, el liberal nos recordaría que, si perdemos la libertad, también perdemos la pluralidad más preciada: la que diferencia a

<sup>16</sup> Puede hallarse la versión castellana de esta obra en John Stuart Mill: *Sobre la libertad* (trad. de Pablo de Azcárate). Alianza: Madrid, 2001.

<sup>17</sup> También en la recién citada obra de Mill se hallan persuasivos desarrollos en esta dirección.

<sup>18</sup> Los liberales, en este sentido, bien podrían hacer lema suyo el título del álbum que el grupo musical Extremoduro publicó en 2002 bajo el nombre de *Yo, minoría absoluta*.

un individuo de otro<sup>18</sup>. Por ello, los liberales reciben con buen ánimo la pluralidad cultural; pero también estimulan el que todo miembro de cada una de las culturas existentes pueda someter a crítica su propia cultura (incluso ese alto grado de crítica que lleva a modificar radicalmente la propia tradición cultural, hasta convertirla en otro fenómeno cultural distinto –de hecho, si esto se produjera, un auténtico pluralista no podría en principio sino felicitarse, pues se ha aumentado libremente en un ejemplar más el número de formas culturales existentes–); o también ven los liberales con buenos ojos el que un individuo decida abandonar su cultura originaria porque le resulta más atractivo sentirse partícipe de otros grupos culturales; o que fusione elementos de dos culturas que le atraen por igual; o que critique los factores de una cultura ajena que personalmente le parecen rechazables. Para un pluralista liberal todas estas acciones tendrían sentido positivo, pues todas ellas explotan las razones fundamentales por las que debemos estimar la multiculturalidad como una ventaja: la facultad que esta nos otorga de ser más libres, la posibilidad de buscar entre más opciones nuestra felicidad (y, por consiguiente, de ir progresivamente incrementando esta), y la capacidad de hacerlo mediante una reflexión y crítica autónomas, sin la tutela de jerifaltes, gobernantes, cleros, guardianes de la tradición u otras figuras que aspiren a sustituir nuestro formado (y, para el liberal, precioso e insustituible) juicio personal.

Ahora bien, como ya señalamos al inicio de este apartado, lo cierto es que el pluralismo liberal recién bosquejado no es la única vía que nos queda si queremos valorar encomiásticamente la multiculturalidad; de hecho, muchas personas creen que el hecho de vivir en sociedades multiculturales es algo positivo (y por ello no son ni asimilacionistas, ni segregacionistas, ni integracionistas), mas ello no les lleva a suscribir con entusiasmo alguno las tesis liberales recién pergeñadas –es más, se contarán entre los más radicales opositores a las mismas–. La mayoría de estas personas adoptarán el quinto modelo de gestión de la pluralidad de culturas en que nos vamos a detener aquí (y en que nos detendremos largamente, pues constituye ya desde su título el eje de todo este artículo). La mayoría de estas personas abonarán una u otra forma de lo que se conoce como *multiculturalismo*.

#### 4. Las ideas multiculturalistas acerca de la multiculturalidad

Una primera idea, no poco importante, seguramente haya ido quedando ya consolidada para todo

aquel que haya leído los tres apartados anteriores: si queremos hablar con mediana precisión, no es lo mismo multiculturalismo que multiculturalidad. La multiculturalidad no es más que el nombre de una situación (el hecho de que en un paraje determinado existan varias culturas diferentes). El multiculturalismo, sin embargo (y en ello se parece a asimilacionismo, segregacionismo, integracionismo y liberalismo) es el nombre de una forma de tratar esa situación. Como se ve, al añadirlos al adjetivo “multicultural”, los sufijos -idad e -ismo designan respectivamente (como suelen hacerlo) una cualidad abstracta, el primero (la abundancia de culturas), y un movimiento o doctrina, el segundo (cierta idea sobre cómo comportarse ante esa abundancia). Y del mismo modo que no es lo mismo la sociedad que el socialismo, o la impresionabilidad que el impresionismo, tampoco lo será la multiculturalidad que el multiculturalismo. Es más: a nadie se le ocurriría decir que la única forma posible de gestionar una sociedad sea el socialismo, o pensar que a los solos humanos a los que placen las impresiones visuales sea a los pintores impresionistas; por lo que, en esa misma lógica, debería resultarnos descabellado pensar que la única manera de organizar la multiculturalidad sea el multiculturalismo, o que sólo el multiculturalismo aprecia de veras la multiculturalidad (ya hemos visto que como mínimo el liberalismo pluralista también lo hace; y en el fondo hay que reconocer que a los integracionistas, a fin de cuentas, también les complace momentáneamente una situación multicultural que pueda luego desembocar en otra cultura-crisol que recoja lo mejor de cuantas más culturas mejor).

El párrafo anterior, aunque a alguien le pueda rondar el reproche de que exhibe un jaez predominante filológico, en realidad acaso no nos resulte tan extemporáneo en el contexto de este artículo como podría en un principio pensarse. Y es que, a pesar de que cualquier alumno de primaria captaría esta diferencia entre los sufijos -idad e -ismo, es legión el número de personas que, aunque en principio uno se esperaría que estuvieran bastante más formadas (al fin y al cabo, estamos hablando de catedráticos de universidad o sedicentes “expertos” en inmigración, por ejemplo), sin embargo incurren alegremente en tal confusión una y mil veces (hasta el punto de que cabe la sospecha razonable de que la confusión sea intencionada por su parte, ora con el fin de denigrar a todos los que rechazan el multiculturalismo como si por ello mismo reprobasen la multiculturalidad, ora con el más artero objetivo acaso de hacerse, como multiculturalistas, con el “rótulo” en exclusividad de posibles “gestores de todo lo que

suene a multicultural”<sup>19</sup>). Creo que aquí puede resultar significativa una anécdota que, por lo demás, también abunda en la idea que comenzamos barajando en el apartado primero: la de lo reciente y en cierta medida exótico que nos ha estado resultando a los españoles durante la última década el fenómeno de nuestra geoméricamente creciente inmigración.

El pequeño relato que quiero traer a colación se ubica en el año 2002 dentro de la comisión que se ocupaba de la inmigración en el Senado español, y su protagonista es el entonces presidente del Foro para la Integración Social de los Inmigrantes, el profesor Mikel Azurmendi<sup>20</sup>. Este antropólogo guipuzcoano tuvo a bien expresar, ante los senadores presuntamente expertos en cuestiones migratorias, su discrepancia con respecto a las tesis multiculturalistas (el propio Azurmendi profesa una postura a caballo entre el integracionismo y el liberalismo<sup>21</sup>) con la muy gráfica expresión de que el multiculturalismo equivalía, para él, a una “gangrena de la sociedad democrática”. Se desató inmediatamente la polémica. Y ello simplemente por el avatar de que (como pudo fácilmente desprenderse de sus apresuradas declaraciones posteriores) gran parte de los senadores presuntamente expertos en inmigración entendieron entonces que la oposición de Azurmendi al multiculturalismo equivalía a un rechazo de la multiculturalidad, llegando por ello a someterle a una lapidación verbal que no deja de resultar divertida para quien sí conoce (como el lector) la diferencia entre multiculturalismo y multiculturalidad, y por lo tanto se apercibe de que, en el fondo, esa actitud de ciertos senadores no era sino un tirar piedras contra su propio tejado (un tejado

intelectual frágilmente acristalado, por cierto). Las vicisitudes de Azurmendi, si bien muy injustas para con él, son pues una excelente constatación de la ignorancia que aún cunde en España a propósito de la multiculturalidad, algo que en parte al menos se explica por la forma tan reciente y veloz en que nos ha llegado este fenómeno; y justifican acaso por consiguiente el que nos hayamos detenido a recordar de manera un tanto didáctica (¿leerá acaso este humilde texto algún senador?) la diferencia entre las palabras terminadas en -ismo y las terminadas en -idad<sup>22</sup>.



Figura 7. Mikel Azurmendi, ex presidente del Foro para la Integración Social de los Inmigrantes. (Fuente: *El infierno vasco*, Iñaki Arteta, 2008.)

Pero dirijamos ahora ya nuestra atención hacia ese término que algunos confunden con multiculturalidad, otros equiparan expresivamente a una gangrena, y nosotros hemos colocado (junto a las ideas asimilacionistas, segregacionistas, integracionistas y liberales) como una de las cinco principales vías de tratamiento posible de la diversidad cultural: el multiculturalismo. Para ello un primer dato que deberemos recalcar será que, de nuevo a diferencia de la multiculturalidad (que existe prácticamente desde el origen

<sup>19</sup> Para muestra, algunos botones: José María Martín Patino: “¿Qué hacemos con los inmigrantes?”. *ABC*, 11 de abril 2001; Gema Martín Muñoz: “Multiculturalismo e islamofobia”. *El País*, 1 de marzo de 2002; Tomás Calvo Buezas: “El multiculturalismo ¿gangrena de la sociedad?, ¿existen culturas con quienes [sic] no se puede convivir?”. *Educación y futuro digital*, 16 de abril de 2005, [http://www.aulaintercultural.org/print.php3?id\\_article=1561](http://www.aulaintercultural.org/print.php3?id_article=1561); Olmedo España: “Notas a las ideas expuestas por Roberto Morales en torno a la interculturalidad”. *Siglo XXI*, 8 de julio 2000. En la ladera opuesta de aquellos que se esfuerzan pacientemente por recordar la diferencia entre multiculturalidad y multiculturalismo, cabe citar no sólo a los ya aducidos Giovanni Sartori o Mikel Azurmendi, sino también a alguien que, por lo demás, disiente acerbamente de los anteriores, como Joaquín Arango: “¿De qué hablamos cuando hablamos de multiculturalismo?”. *El País*, 23 de marzo de 2002.

<sup>20</sup> Puede leerse el relato periodístico de esta peripecia, verbigracia, en Guillermo Sánchez-Herrero: “Azurmendi desata la polémica al rechazar el multiculturalismo”. *El Mundo*, 20 de febrero de 2002. Me he ocupado asimismo de ella en Miguel Ángel Quintana Paz: “Del multiculturalismo como ‘gangrena’ de la sociedad democrática”. *Isegoría*, n. 29 (diciembre 2003), págs. 270-277.

<sup>21</sup> Así se puede ver ágilmente en su obra ya citada, *Todos somos nosotros*.

<sup>22</sup> Igualmente didáctico, aunque sin mucha fortuna, trató de ser Azurmendi en escritos posteriores suyos a la citada polémica, como en su “La invención del multiculturalismo”. *ABC*, 18 de marzo de 2002; texto que bien clara y resumidamente trata de aclarar ya desde su frase inicial la confusión en que senadores y autores reseñados en la anterior nota 19 incurrían: “«Multiculturalismo» es un concepto relativamente nuevo que no expresa que existan muchas culturas en el mundo ni tampoco que existan muchas en convivencia en un sólo país, sino que fue pensado para referir un Estado-nación democrático cuyo pluralismo debía consistir en promover diferencias étnicas y culturales” (en el segundo párrafo siguiente del cuerpo del texto tratamos de explicar más detenidamente a qué se refiere este “pluralismo [que] debía consistir en promover diferencias étnicas y culturales”).

de la civilización humana<sup>23</sup>), lo cierto es que el multiculturalismo como tal nos ha surgido de un modo bien reciente: suele ubicarse en los años 70 su nacimiento, aunque sus principales teóricos (tales que Charles Taylor o Will Kymlicka)<sup>24</sup> han desarrollado la mejor parte de su obra aún más tarde, prácticamente en los años 90.

En cuanto a su contenido ideológico, lo cierto es que la tesis más característica de estos intelectuales multiculturalistas puede resumirse en muy pocas palabras: para ellos, la pluralidad cultural es tan importante, fértil y hermosa que todos los miembros de una sociedad (incluidos los poderes estatales) donde la tal exista deberán asumir como principio fundamental máximo el deber de preservar y proteger con el máximo de sus fuerzas dicha diversidad cultural. Este, además, será el único principio común que deberán acatar todas las culturas existentes ya que, de acuerdo con el multiculturalismo, se les ha de permitir a estas que el resto de sus normas, principios, convicciones... vengan marcados por su propia tradición cultural, y nunca por instancia alguna común (que, en cuanto común, tendría la tara de actuar para disminuir la tan preciosa multiplicidad).

Sin duda, en una sociedad multicultural los adeptos de tradiciones culturales diferentes tendrán opiniones muy distintas sobre si hay o no dioses a los que se deberá o no adorar, sobre hasta qué punto las mujeres y los varones deberán disfrutar o no de igualdad de trato, sobre cuál es la edad a partir de la cual uno debe gozar de todos los privilegios y obligaciones de la pertenencia plena a la comunidad...; en torno a esas y mil otras cuestiones discreparán los individuos en función de si su adscripción cultural es una u otra (o, a veces, incluso discreparán dentro de una misma cultura, si esta “permite” cierto margen de disensión a este respecto). Para el multiculturalista esa variedad es bella, y por ello sólo debe verse atemperada por un factor, el cual, ese sí, habrá de ser idea común para todos los habitantes de un territorio, sea cual sea su

tradición cultural de pertenencia: el reconocimiento, precisamente, de que la dicha multiculturalidad es positiva, y que todos (empezando por el Estado) tienen la obligación de hacer todo lo posible para que se conserve. Nadie podrá, por consiguiente, pretender convencer a integrantes de otras culturas de que modifiquen sus formas de pensar o sus modos de actuar; nadie habrá de osar persuadir a un seguidor de otra religión o de otras costumbres culturales para que las cambie por creencias o hábitos propios de otra religión o cultura; todo aquel que nazca con una determinada herencia cultural o que aprenda cierta lengua materna deberá hacer todo lo posible por perpetuarlas, y si acaso él optase por renunciar a ellas (por los motivos, verbigracia, que hemos visto que a los liberales les gustan tanto: el hecho de que vea, por ejemplo, que otras tradiciones u otras lenguas le permiten vivir más feliz) no podrá ser contemplado sino como una suerte de “traidor” a la causa común del sostenimiento de cada pequeña diferencia cultural.

El multiculturalista, por lo tanto, se asemeja al pluralista liberal en el fogoso aprecio que ambos profesan a la variedad cultural; pero mientras que el liberal ve esa variedad como una ocasión magnífica para que los individuos escojan libremente, según sus preferencias, entre las lenguas, religiones, gastronomías, costumbres, lecturas históricas, normas, etcétera... que más les convengan en su proyecto de vida, el multiculturalista vislumbra en tal “libertad de elección” un aterrador peligro a la hora de preservar la susodicha diversidad cultural: ¿Y si todos los individuos acabaran por elegir una misma identidad cultural –generalmente la mayoritaria, que se reviste a veces de atractivos difícilmente resistibles ante el resto– y acabaran extinguiéndose las otras culturas “minoritarias” –o “minorizadas”, como el multiculturalista prefiere llamarlas, con el fin de recalcar así el hecho de que si no son culturas tan pujantes como otras es siempre por culpa de alguien obsesionado con haberlas dejado en tal situación<sup>25</sup>–?

<sup>23</sup> Así expresa esta circunstancia Javier de Lucas Martín: “Multiculturalismo: un debate falsificado”. [www.aulainter-cultural.org](http://www.aulainter-cultural.org), n. 364, 12 de mayo de 2003: “Prácticamente todas las sociedades que conocemos son multiculturales. Y [...] según el tipo de agentes de la multiculturalidad, los aspectos visibles de ésta serán unos u otros. En algunos países se trata sobre todo de la presencia de pueblos indígenas. En otros, de minorías nacionales o culturales de diferente tipo. En otros, la presencia de individuos (y grupos) que proceden de flujos migratorios. Y puede que coincidan varios factores a un tiempo”. Véase también Bhikhu Parekh: *Unity and diversity in multicultural societies*. International Labour Organization: Ginebra, 2005, p. 14, donde se matiza que, sin embargo, la multiculturalidad moderna se diferencia de la antigua en el hecho de que las minorías culturales ya no aceptan en la primera el estatus subordinado que solía concedérseles en la segunda (asunto que, sin embargo, nos saca ya de la mera constatación de la multiculturalidad para adentrarnos en la discusión sobre la gestión de la misma, gestión según Parekh meridianamente diferente, como se ha dicho, en tiempos modernos y antiguos).

<sup>24</sup> Para las obras de Kymlicka, véase la anterior nota 8; en cuanto a Taylor, resultan centrales en lengua española su *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Paidós: Barcelona, 1996 y *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*. FCE: México, 1993.

<sup>25</sup> Véase, para un ejemplo de ello, el ya citado Joan Carrera i Carrera, p. 22.

Esta asechanza, lejos de ser meramente hipotética, para el multiculturalista resulta palpable una y otra vez en nuestra vida más cotidiana: a escala mundial, por ejemplo, es innegable el poder de atracción que ejerce la cultura más poderosa del planeta, la estadounidense, sobre los individuos de todas las demás procedencias, que “libremente” van poco a poco escogiendo vestirse todos como norteamericanos, comer en franquicias de nombre inglés, ver películas *made in Hollywood*, leer a autores que originariamente escriben en lengua inglesa, aprender ese mismo idioma o, entre otras muchísimas cosas que cabría seguir citando, escuchar más y más música anglosajona (los nombres de muchos de los principales movimientos musicales del siglo XX, *rock and roll*, *pop*, *funk*, *punk*, *blues*, *rap*, *hip hop*, *soul*, *house*, *trance*..., revelan ya con su mera grafía que siempre han sido importados desde la misma zona del globo terráqueo). Es más: lo que sucede en ese marco internacional es susceptible de detectarse asimismo en el más reducido ámbito de cada Estado, donde el multiculturalista detesta igualmente la posibilidad, según él cientos de veces atestiguada, de que la cultura mayoritaria en cada país vaya imponiéndose a las demás, y todos los habitantes del territorio francés acaben hablando francés y comportándose según las costumbres que se han decretado como auténticamente “francesas”, o todos los británicos hagan lo mismo con la lengua y costumbres inglesas, los alemanes con lo “alemán”, los españoles con lo “español”... Ante la predecible pérdida de diversidad cultural que estas dinámicas<sup>26</sup> acaban por implicar, tanto en el contexto mundial como en el contexto de cada Estado, el multiculturalismo cree entonces que deberemos apostar sin ambages por apuntalar la multiculturalidad mediante ciertos mecanismos que “protejan” a las culturas minoritarias y prevengan así su extinción a manos de las siempre voraces culturas más prósperas.



Figura 8. Charles Taylor (1931-), teórico multiculturalista canadiense, actualmente profesor emérito de la McGill University de Montreal. (Fuente: Brauksieck-Creative Commons.)

La defensa de esas “protecciones” (o, como el multiculturalista Kymlicka prefiere llamarlas, “restricciones”<sup>27</sup>) marcan por consiguiente una diáfana diferencia entre los pluralistas liberales y los multiculturalistas. En efecto, mientras que los liberales, haciendo honor a su nombre, creen que hemos de dejar a la gente que escoja libremente qué culturas quiere hacer más mayoritarias (al unirse a ellas, o al menos a ciertos elementos propios de ellas: su lengua, o algunas festividades, o algunas costumbres...) y cuáles desea abandonar (o, en casos extremos, incluso dejar fenecer, si esa cultura se ha mostrado poco atractiva en aras a acrecentar la satisfacción de sus miembros), los multiculturalistas no quedan nada contentos con esa perspectiva (¡a la gente se la deja libre, y acaba haciendo cualquier cosa terrible, como dejar de profesar una cierta religión o permitir que una u otra lengua desaparezca de la faz de la Tierra!), así que prefieren limitar la libertad de sus conciudadanos y obligarles (con mejores o peores

<sup>26</sup> Los científicos sociales denominan este fenómeno, según el cual algo tiene la tendencia de crecer mucho más velozmente que sus alternativas disponibles simplemente por el hecho de que ya es relativamente mayoritario, “efecto San Mateo”, en recuerdo de la frase evangélica (Mt 13, 12) de que “a quien tiene, se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado”. Ejemplos de este “efecto San Mateo” (también relacionado últimamente con las “economías de red” descritas premonitoriamente por Kevin Kelly: “New Rules for the New Economy”. *Wired*, 5 de septiembre de 1997) son el hecho de que un sistema operativo abundante, como Windows, tenga gran poder de atracción para cada nuevo usuario informático, que encuentra muchos más motivos y facilidades si se suma al sistema operativo ya más frecuente (y por lo tanto contribuye así a incrementar aún más su frecuencia) que si escoge algún otro. Algo parecido ocurre si uno duda entre apuntarse o no al sistema métrico decimal (resulta conveniente hacerlo por el mero hecho de que es el sistema de medición más habitual y el que facilitará por lo tanto más nuestras comparaciones e intercambios con otros, independientemente de si tal sistema goza o no de otros méritos). O también es frecuente observar este efecto San Mateo en los locales de diversión nocturna por las calles españolas (un bar tenderá a ser más y más apreciado –y por lo tanto a aumentar sus ventas– si la gente observa simplemente que ya muchos clientes acuden a sus instalaciones, mientras que los locales que no logran superar cierto umbral de clientela tenderán incluso a perder esa poca que hayan podido alcanzar). Véase, para una vinculación entre el efecto San Mateo y las cuestiones multiculturales que aquí estamos abordando, el ya varias veces citado artículo de Félix Ovejero: “Las líneas del debate sobre la lengua”.

<sup>27</sup> Véanse especialmente las páginas 57-66 del ya citado Will Kymlicka: *Ciudadanía multicultural*.

modos) a hacer un esfuerzo por sostener las culturas minoritarias. Las “restricciones” mediante las cuales se aspira a lograr esta “preservación” de las culturas<sup>28</sup> pueden ser muy diferentes. Se puede obligar, por ejemplo, a los que viven en una región donde se habla una lengua minoritaria a aprender por fuerza –o incluso a escolarizarse únicamente en– ese idioma, sin atender a sus preferencias personales (que es lo que reivindicaría un pluralista liberal). Se pueden imponer terribles sanciones –en algunos casos incluso la pena de muerte– o meramente cansinas dificultades a quien abandone la religión que se reputa como propia de un determinado territorio (en vez de permitir que el cambio de religión sea una de esas acciones que manifiestan nuestras preferencias más personales, y que por lo tanto los liberales anhelan proteger con mimo). Se pueden subvencionar ampliamente las manifestaciones culturales –películas, obras de teatro, libros, bailes...– que se suponen autóctonas de un paraje, con el fin de que compitan con ventaja a la hora de captar la atención de sus habitantes frente a otros fenómenos considerados “forasteros” (mientras un liberal cree que cada cual es muy libre de deleitarse con la cinematografía, la dramaturgia, la literatura, la danza que estime más deliciosas, sean de allende o aquende, y que por lo tanto nadie debe ponernos trabas o elevar artificialmente el precio de lo que no cuenta con el privilegio de ser “del país”). Se puede poner límites, en fin, a la predicación de confesiones que no sean la oficial del lugar, y castigar –a veces bien duramente, como por desgracia nos es bien conocido– a todo quien ose criticar esa fe o a cualquiera de sus representantes (mientras que, como ya pergeñamos antes, un liberal está encantado con las críticas que se intercambian los partidarios de diferentes ideas o creencias, pues bien sabe que ese debate

mucho puede contribuir a que cada cual ponga a prueba sus propios presupuestos no reflexionados, y sepa tomar mejor después una decisión personal, genuinamente libre, sobre qué es lo que de veras desea creer o pensar).

## 5. Algunas aplicaciones del multiculturalismo

Quando uno conoce las pretensiones del multiculturalismo (esto es, mantener viva y lo más incontaminada posible cada una de las diversas culturas de la Tierra, que merecen amparo frente a la amenaza que otras culturas más potentes o multitudinarias siempre representan), a menudo llega uno a la conclusión de que pareja ambición sólo podría cumplirse del todo si previamente hubiésemos aislado notablemente cada cultura frente a todas las demás. Y esta parece ser asimismo la conclusión a la que llegan numerosos multiculturalistas, que si bien se resisten a pronunciarla cuando exponen desde sus cátedras intelectuales sus teorías (no cobra ni buena fama ni muchas esperanzas de viabilidad en nuestros días de internet, CNN y globalización rampante la idea de “aislamiento total”<sup>29</sup>), sin embargo emprenden decididos, en cuanto tienen el poder para ello, estrategias que tratan de recluir a los miembros de cada cultura en el ámbito en que conviven casi exclusivamente con otros adeptos de su misma religión, en que charlan preferentemente con otros hablantes de su misma lengua, en que comparten sus fiestas y sus costumbres con quienes también las aprecian, etcétera; al tiempo que se solazan en dificultar o casi imposibilitar la comunicación con los ajenos<sup>30</sup>.

<sup>28</sup> Es innegable el fuerte parecido de familia entre las ansias “conservacionistas” del multiculturalismo cuando nos las habemos con culturas diferentes (cuya extinción tratan de evitar casi por todos los medios), y el “conservacionismo” ecologista que aspira a mantener en nuestro medio ambiente todas las especies biológicas existentes (y que contempla su extinción asimismo como una auténtica catástrofe). Cabe avanzar, pues, la especie de que prácticamente el trato que el multiculturalista otorga a las culturas es similar al del ecologista hacia las especies animales y vegetales, y que ambos movimientos, bien pujantes en nuestros días, recuperan para sí mismos con carácter elogioso al menos uno de los sentidos del por otra parte hoy en día a veces muy denostado término “conservadurismo”. Así se ha esforzado en subrayarlo precisamente el filósofo conservador Roger Scruton: *A Political Philosophy*. Continuum Books: Londres, 2006, p. 32-46.

<sup>29</sup> Un buen ejemplo, de nuevo, es en este sentido el ya citado texto de Joan Carrera i Carrera, que oscila entre un elogio tajante del multiculturalismo más comunitarista y ciertas concesiones ante la evidencia de la hoy ya inevitable intercomunicación cultural.

<sup>30</sup> Al menos dos largometrajes recientes han puesto de manifiesto y criticado esta tendencia del multiculturalismo a un aislamiento, por lo demás, abocado siempre a uno u otro grado de frustración: pensamos en la película *East is East* (en castellano, *Oriente es Oriente*), de Damian O'Donnell (1999), que lo hace en tono de comedia, y *The Village* (en español, *El bosque*) de M. Night Shyamalan (2004), que usa sin embargo un registro más dramático y alegórico. Véase, sobre esta última película, el análisis de José Luis Castrillón: “El Bosque de M. Night Shyamalan: sobre la ingeniería social y las comunidades puras”. *Trama y fondo*, n. 23 (2007), 133-144. En cuanto al cine español, acaso quepa detectar sutilmente una crítica jocosas a estas mismas ambiciones comunitaristas del multiculturalismo en un filme en el que, empero, no hay ninguna referencia explícita a la multiculturalidad; si bien su título podría servir ya de poderosa pista sobre en qué tipo de cosas está pensando su director, Álex de la Iglesia (que además es filósofo de formación, por lo que resultaría extraño que se le hubiera escapado la referencia al comunitarismo de su título): nos referimos a su cinta *La comunidad* (2000).



Figura 9. Will Kymlicka, filósofo multiculturalista canadiense y profesor de la Queen's University. (Fuente: Wikipedia.)

Un ejemplo extremo de ello (en el que la mayoría de las veces el resto de los multiculturalistas puede, como mucho, sólo soñar) es el de comunidades como la de los *amish*, hallables sobre todo en los estadounidenses Ohio, Pensilvania e Indiana, así como en la provincia canadiense de Ontario. Seguidores de una antigua confesión cristiana protestante, la de los anabaptistas, estos norteamericanos viven en territorios comunales cerrados donde, a modo de reservas, resulta casi imposible acceder si no se es uno de los miembros de tal grupo religioso, y de donde estos rara vez salen más que para comerciar con sus productos. Dentro de sus límites, los *amish* conservan un modo de vida detenido hacia el siglo XVIII, donde en general son reacios a las invenciones tecnológicas procedente de la sociedad posterior (y exterior): ni corriente eléctrica, ni televisión, pocos automóviles, rara vez teléfono, nunca fotografía o internet. Incluso los botones a menudo están vetados en su forma de vida, de modo que su atuendo dieciochesco, la ausencia de maquillajes o joyas, los transportes a caballo e incluso su idioma (un dialecto del alemán traído por sus antecesores inmigrantes germanos) nos harían ciertamente creer, de toparnos con ellos, que hemos dado marcha atrás a la máquina del tiempo y nos hallamos detenidos en la vida de hace tres siglos. Pues bien, los *amish* gozan de abundantes privilegios de índole multiculturalista, como pequeña cultura que forman (apenas representan un 0,07% de los habitantes de Estados Unidos, con sus 228.000 miem-

bros), para evitar su absorción por parte del *American way of life*. Así, sus niños reciben una educación especial (de la que se excluyen, naturalmente, muchos descubrimientos tecnocientíficos de los últimos siglos, que se interrumpe a los catorce años de edad, y que marca una diferencia clara, ya desde tan temprano, en los roles de cada sexo); no deben pagar Seguridad Social ni acudir a defender su país en caso de peligro; se rigen por su propia forma de gobierno, basada en el liderazgo religioso, y por sus propias tradiciones normativas (que incluyen cosas como el trabajo o el castigo corporal infantil, así como la práctica del *shunning* u ostracismo); han de contraer matrimonio obligatoriamente con otros *amish* (pues la familia juega en sus comunidades un papel importantísimo); y las autoridades nacionales tienen estrictísimas limitaciones, basadas en la primera enmienda de la Constitución americana, a la hora de intervenir en sus reservas<sup>31</sup>. Mediante todas estas (como ya hemos visto que las denomina Kymlicka) restricciones, la cultura *amish* ha logrado pervivir a pesar de su fuerte diferencia no ya con el resto de sus conciudadanos norteamericanos, sino incluso con el resto del planeta.



Figura 10. Chica *amish*, ataviada con su indumentaria habitual, vendiendo en un mercado local de Ohio sus cestas artesanales. El medio de transporte habitual *amish*, el carro a caballo, se puede ver al fondo. (Fuente: Kyle Kesselring-Creative Commons.)

Pero, naturalmente, el extremo que representan los *amish* no puede extenderse mucho más allá de algunas pequeñas culturas aborígenes (y a veces ni siquiera es fácil hacerlo en estas, cuyos miembros, con lo que un

<sup>31</sup> De nuevo es una película de hace unos años la que seguramente dio a conocer a gran parte del mundo las peculiaridades del caso *amish*: nos referimos a *Witness* (*Único testigo*, en su versión española), de Peter Weir (1985). Desde un punto de vista especializado, sin duda es John A. Hostetler el mayor experto en estas comunidades, y es *Amish Society*. John Hopkins University: Baltimore, 1963, su libro principal.

multiculturalista tildaría de demasiada frecuencia, no suelen hacer ascos a menudo tanto a los avances médicos y tecnológicos como a los productos comerciales e intelectuales que les llegan de la mayoritaria –y por ello presuntamente amenazante– cultura occidental). Por ello el grado de aislamiento que el multiculturalista propone en otras circunstancias en que desea aplicar su método de gestión de la multiculturalidad no llega casi nunca a resultar tan estricto. Y, sin embargo, nunca estará totalmente ausente de sus anhelos. Sin ánimos de resultar exhaustivos, puede resultar ilustrador tomar aquí algunos ejemplos históricos recientes:

- Pensemos en primer lugar en la experiencia multiculturalista del Líbano, vibrantemente descrita por su compatriota Amin Maalouf en el ensayo *Identidades asesinas*<sup>32</sup>. Aunque por supuesto cada una de las comunidades religiosas en que multiculturalistamente se había dividido el Líbano (sunnitas, chiitas, drusos, maronitas, ortodoxos, armenios...) tras su independencia de 1943 no alcanzaban ni mucho menos el grado de aislamiento mutuo de los *amish*, lo cierto es que el hecho de pertenecer a una u otra de ellas sí que solía determinar mucho más que la práctica religiosa de cada individuo: pues también marcaba a qué grupo de parlamentarios nacionales podía votar (cada confesión tenía asignado un número fijo de diputados propios, votados por sus hermanos de fe), qué jueces iban a decidir sobre sus herencias y matrimonios, quién podía ocupar qué cargos (sólo un cristiano maronita puede ser presidente, y un sunnita primer ministro, del país), qué canal de televisión iba a ser su favorito, de qué equipo de fútbol había ser hincha, etcétera. Con este modelo consociativo<sup>33</sup> se lograba presuntamente que cada minoría religiosa se sintiera plenamente protegida frente a las demás, que poco tenían que decir con respecto a sus asuntos “internos”. Y ya hemos visto lo

mucho que valora el multiculturalismo esa sensación de “protección”. Ahora bien, como de todos es sabido, la experiencia libanesa terminó abocada a un rotundo fracaso (la guerra de 1975-90 entre sus comunidades), por lo que –al igual que la experiencia de la antigua Yugoslavia, en algunos sentidos similar– no suele ser aducida demasiado frecuentemente por los abogados del multiculturalismo<sup>34</sup> cuando de preconizar sus ideas se trata.

- Sí que suele ser mucho más citado el caso del Canadá, al cual, por cierto, cabe considerar en muchos sentidos como el país hoy en día más multiculturalista del orbe (y con un grado de éxito bastante notable<sup>35</sup>). Desde que el gobierno canadiense adoptó las tesis multiculturalistas como su política oficial (con el fin de preservar sus diferentes culturas frente a la que se percibía como avasallante influencia de la predominante comunidad anglosajona), este Estado ha ido, primero, reconociendo a los francófonos habitantes del Québec un buen número de medidas de protección de su lengua, que van desde la muy tajante obligación de escolarizar exclusivamente en ella a los hijos de cualquier inmigrante (los hijos de los quebequeses autóctonos, algunos de ellos anglófonos, están curiosamente exentos de tal obligación), hasta la más pintoresca norma de que en toda la cartelería pública deben figurar los textos en francés al doble del tamaño en que figuren los textos ingleses. Naturalmente, si a los quebequeses (al fin y al cabo, diferentes principalmente del resto de los canadienses por su habla) se les habían concedido estas protecciones culturales, no pudo hacerse menos con las numerosas etnias aborígenes del norte del Canadá, que se distinguían de los occidentalizados sureños no sólo en cuanto a sus lenguas<sup>36</sup>, sino también en

<sup>32</sup> Amin Maalouf: *Identidades asesinas* (traducción de Fernando Villaverde). Alianza: Madrid, 1999.

<sup>33</sup> Para una explicación más pormenorizada (y ya clásica) del consociacionismo como forma de gobierno democrático, véase Arend Lijphart: *Democracy in plural societies*. Yale University Press: New Haven, 1977.

<sup>34</sup> Un buen ejemplo es el ya aludido Bhikhu Parekh, que “olvida” este tipo de casos prácticos cuando, al final de su ya referido texto, contabiliza el número de experiencias multiculturalistas que en su opinión atestiguan las bondades de esta fórmula de gestión de la multiculturalidad.

<sup>35</sup> Si bien ello no significa que no hayan surgido inteligentes voces críticas contra el mismo, especialmente en lo que atañe a las implicaciones multiculturalistas del caso del Québec: véase Mordecai Richler: *Oh Canada! Oh Quebec!: Requiem for a Divided Country*. Penguin Books: Toronto, 1992.

<sup>36</sup> Por lo demás, esas lenguas resultan adicionalmente mucho más diferentes con respecto al francés y al inglés de lo que puedan jamás considerarse estas dos entre sí, al fin y al cabo idiomas indoeuropeos ambos y con un altísimo porcentaje de influencias en sus respectivos léxicos debido a su proximidad histórica en la vieja Europa (especialmente significativa en este sentido es, naturalmente, la invasión normanda durante el Medioevo, que supuso una ingente importación de palabras francesas al inglés que lo distinguiría ya para siempre del antiguo sajón –mucho más típicamente germánico– y lo aproximaría manifiestamente al idioma galo y, a través de él, a todas las lenguas latinas).

cuanto a formas de gobierno tradicionales, leyes antiguas, creencias religiosas (generalmente animistas, frente al predominio del cristianismo tanto en el Canadá anglosajonizado como en el afrancesado), formas de parentesco, normas matrimoniales, costumbres, indumentaria, etcétera. Por ello se les concedió a todos estos pueblos un altísimo grado de autonomía que dificulta, al cabo, el que cualquier individuo de uno de ellos pase a formar parte de la cultura predominante en el sur del país (y, naturalmente, viceversa), dado que, por ejemplo, toda su educación (tradicional) difícilmente le sería de mucha ayuda al desplazarse más allá de su propia tribu. La evidente ventaja de todo ello para el multiculturalista es que así se garantiza la pervivencia de sus adoradas diferencias culturales. Empero, el no menos patente inconveniente para un liberal es que ello se ha hecho a costa de limitar extraordinariamente la libertad de algunas personas –las que nacieron en culturas indígenas y acaso pudieran aspirar a abandonarlas, o simplemente las que, viviendo en Québec, preferirían expresarse en el mucho más útil inglés que en el menos extendido mundialmente lenguaje galo–.

- Otro ejemplo de naciones a las que se suele mirar cuando se piensa en aquellas que han venido adoptando las nociones multiculturalistas de forma palmaria, y en este caso concretamente en su política inmigratoria durante los últimos decenios, son los Países Bajos y el Reino Unido (si bien es cierto que, más recientemente, ambos países están replanteándose la que en un principio fue decidida apuesta suya por este modo de gestión de la multiculturalidad)<sup>37</sup>. El caso holandés era muy significativo: cada inmigrante, tras haber cruzado la frontera, era adscrito a un “pilar” (*zuil*), esto es, a una comunidad según su origen (indonesio, turco, antillano...), y a la cual pertenecían sólo personas de ese mismo lugar de procedencia. Tal “pilar” iba a ser a partir de entonces el encargado de gestionarle todos sus papeles, de asesorarle en todas sus cuitas, de ayudar a escolarizar a sus hijos, hospitalizar a sus enfermos o velar por sus derechos. Con ello se intentaba poner

de manifiesto el altísimo respeto multiculturalista que los nativos de los Países Bajos sentían ante las culturas llegadas de más allá de sus límites estatales, a las que hacían todo lo posible por conservar en su identidad originaria. Ahora bien, inevitablemente este sistema (denominado *verzuiling*) generaba un cierto aislamiento de cada “pilar” con respecto a los demás y con respecto a los neerlandeses autóctonos, lo cual a su vez desembocaba en problemas de comunicación (no era extraño que un inmigrante pudiera pasarse varios decenios en su nuevo país sin ni siquiera poder chapurrear la lengua común del lugar), de lealtad (los inmigrantes rara vez profesaban mucho apego a un país, Holanda, en el que vivían pero del que ignoraban casi todo) y, al cabo, problemas incluso mucho más punzantes: y es que, de hecho, seguramente influyeron en el cambio de mentalidad holandesa (cada vez, como se ha dicho, menos favorable al multiculturalismo) experiencias como el asesinato en 2004 del director de cine Theo Van Gogh a manos de un joven fundamentalista musulmán que sintió que el cineasta, con su cortometraje *Submission (1st part) –Sumisión, primera parte–*, había incumplido el precepto supremo multiculturalista de no ofender ni criticar jamás a otra cultura (en este caso, la islámica) distinta a la propia; un joven fundamentalista que, por cierto, había nacido y se había educado en esa misma Holanda democrática contra cuyos seculares principios de tolerancia tan rotundamente actuó, lo que reforzaba la duda inquietante acerca de qué tipo de educandos se había estado formando en las durante largo tiempo multiculturalistas escuelas neerlandesas.

- Si, para finalizar este somero repaso a diversas puestas en práctica de la ideología multiculturalista, echásemos un vistazo a nuestra propia España, también podríamos atisbar en nuestros lares algunas medidas de ese mismo jaez (aunque de momento, y tal vez por lo reciente de nuestra experiencia multicultural e inmigratoria, lo cierto es que no parece que se haya decidido aún una política de Estado global que respalde categóricamente ni el multiculturalismo, ni nin-

<sup>37</sup> Para el caso británico, véase Gurharpal E. G. Singh: “Multiculturalism in Contemporary Britain: Reflections on the «Leicester Model»”. *International Journal on Multicultural Societies*, vol. 5, n. 1 (2003), p. 40-54 (aunque, con cierta sorna, la ya citada película *East is East* constituye asimismo una temprana puesta en cuestión de ese multiculturalismo que ha condicionado casi toda la política inmigratoria británica desde la Segunda Guerra Mundial). En cuanto al caso holandés, véase Ayaan Hirsi Ali: *Infidel*. Free Press: Glencoe, 2007, muy afectada (era amiga y colaboradora suya) por el caso que dentro de poco invocaremos en el cuerpo del texto, el de Theo Van Gogh.



Figura 11. Ayaan Hirsi Ali (1969-), ex diputada liberal holandesa de origen somalí y una de las más acerbas críticas del multiculturalismo en Europa. (Fuente: Wikipedia.)

gún otro de los cuatro restantes modelos posibles de gestión de la pluralidad cultural con que venimos trabajando en este artículo... ¿cuál será finalmente el elegido?). Así, en este sentido, tal vez muchos de nosotros no seamos conscientes de ello, pero en algunas escuelas españolas se está tratando ya de diversa manera a ciertas niñas simplemente debido a su adscripción cultural (en este caso, entendiéndolo “cultura” esencialmente como “cultura religiosa”) y, en el caso de que sus padres sean adeptos de la fe islámi-

ca, se las llega a eximir de las clases correspondientes a la asignatura de Educación Física (para evitar el problema que puede suponer para un musulmán el que sus hijas sean vistas en indumentaria ligera por parte de un profesor varón). Esta conducta peculiar hacia ciertos menores en función de su cultura no sólo recaba plenamente la inspiración multiculturalista, sino que con seguridad puede a algunos hacernos pensar en el viejo dilema de familias gitanas que igualmente decidían privar a su descendencia de los últimos años de su formación obligatoria por motivos culturales (a partir de los doce o trece años uno ya es todo un adulto, según ciertos estándares romaneses). Y, por último, el relatado caso del multiculturalismo en el Québec seguramente nos habrá hecho recordar a muchos ciertas argumentaciones que a menudo se exhiben en España para defender la obligación de ser escolarizados exclusivamente en lenguas cooficiales, diferentes del castellano, si uno ha tenido la suerte de nacer en una comunidad autónoma bilingüe y, por ello, adquiere (desde un punto de vista multiculturalista) la “obligación” de preservar elementos culturales autóctonos (como el idioma), aunque ello represente una merma de su libertad de elección durante su educación preuniversitaria y, a la postre, cierto aislamiento con respecto al resto de nuestra nación<sup>38</sup>.

<sup>38</sup> Estos dos argumentos, el de la defensa de la libertad individual y el de evitar romper los lazos colectivos, son precisamente los que vertebran un texto, como el reciente y polémico *Manifiesto por la lengua común* ([http://www.elpais.com/articulo/espana/Manifiesto/lengua/comun/elpepuesp/20080623elpepunac\\_29/Tes](http://www.elpais.com/articulo/espana/Manifiesto/lengua/comun/elpepuesp/20080623elpepunac_29/Tes)), que ha reunido durante el año 2008 en España firmas de numerosas personalidades y ciudadanos adversos a la creciente implantación de los modos, razonamientos y prácticas multiculturalistas por nuestras ibéricas tierras en lo que a las lenguas atañe.